

nesis es un ensayo de teología bíblica que tiende a demostrar que los conceptos morales incluidos en la narración del Diluvio encuadran perfectamente en la teología de todo el libro.

En suma: después de acabar la lectura atenta de esta obra, podrá uno disentir de su tesis, pero no se arrepentirá de haber empleado el tiempo en leerla, porque es de las obras que hacen pensar y sugieren ideas.

J. ENCISO.

**JESÚS DE BARTOLOMÉ RELIMPIO: Estudio médicolegal de la Pasión de Jesucristo. Fax, Madrid, 1940, 153 págs. 8 pts.**

El autor de este estudio, médico militar, había empezado ya a prepararlo en el año 1936, cuando la revolución le obligó a esconderse y a andar fugitivo por la sierra para escapar a sus perseguidores y pasar a la zona nacional. Todo fué destruído en su casa por los revolucionarios, pero encima de unos libros caídos en el suelo quedaron sus cuartillas, providencialmente conservadas. Con fe viva de creyente y entusiasmo de militar triunfador en la gran Cruzada, se aprestó en seguida a continuar su trabajo, que, tras la experiencia de las penalidades sufridas, resultaba más sentido.

Cree el señor De Bartolomé ser el primero que aborda un estudio semejante, cuando en realidad podría haber consultado Stroud, *The physical cause of the death of Christ*, London, 1847. Pero el hecho es que él procede por su cuenta con absoluta independencia, y ofrece una aportación nada despreciable de la ciencia médica a la comprensión de los dolores de Cristo.

Después de unas consideraciones de carácter general, se va deteniendo en la flagelación, coronación de espinas, calle de la Amargura, crucifixión, muerte y lanzada. En cada capítulo procura precisar la naturaleza de los instrumentos que obraron sobre la Humanidad de Cristo como agentes de dolor y el modo de su actuación, y, guiado de su ciencia y experiencia médicas, deduce la intensidad y número de los dolores que Cristo padeció. "Bien se puede afirmar, dice, científicamente fundados, que cada uno de los momentos que transcurren desde el comienzo de la flagelación hasta su sacrificio en la Cruz, fué más que suficiente, por los tormentos infligidos y circunstancias coadyuvantes, para ocasionarle la muerte" (págs. 30 y sig.). Tanto es así, que más adelante, casi al acabar su estudio (pág. 135) dice que a partir de la flagelación estuvieron actuando sobre Jesús con intensidad creciente causas que, según la Medicina, deberían haber producido la muerte, y si de hecho ésta no sobrevino hasta después de la crucifixión, fué por un verdadero milagro.

Es una lástima que, al exponer los hechos que trata de explicar, no se exprese con mayor exactitud, ni eche mano de un comentarista que pueda servir de base a una obra científica. A veces atribuye a los Evangelios detalles que son del Padre La Palma, como ocurre al hablar

de la corona de espinas (64). Todos los Evangelistas, según él, dicen que Jesús fué atado a una columna de piedra para ser azotado (43 y siguiente). También hablarían todos los Evangelistas del sudor de sangre (34). Atribuye a algunos "textos sagrados" el detalle de los 5.000 azotes y los seis verdugos que se sucedían en la flagelación (47), y a "los escritos sagrados" la observación de la desigualdad de las piedras sobre las que rebotaba la Cruz (85). Cuando quiere precisar la postura en que ataron a Jesús a la columna, recurre al testimonio de los pintores renacentistas para apoyar su opinión de que Jesús estaba de espaldas a la columna (44 y sig.), y asimismo el argumento de los pintores le parece decisivo cuando se trata de saber en qué forma quedó Jesús cuando cayó bajo el peso de la Cruz (84).

Como teoría suya, notaremos que la sangre y agua de la lanzada se explican por un hemotórax, que se había producido al ocurrir la primera caída, ya que ésta, a causa de las piedras del camino, había dado lugar a la fractura de dos o tres costillas. Las costillas fracturadas habrían producido desgarraduras o erosiones, con versión de sangre en la cavidad pleurítica. Ahora bien, "los vasos sanguíneos, al perder con la sangre sus elementos formes, absorben los líquidos de los tejidos vivos, pero sin compensación estructural al faltarle los elementos globulares, por lo que el contenido vascular se va haciendo cada vez más acuoso y llega a producir un estado especial patológico, que se denomina hidroemia, que quiere decir sangre de agua. En tales condiciones la sangre vertida en la cavidad de la pleura tenía que tener esas propiedades" (146 y sig.). Precisamente aquel hemotórax explicaría el que Jesús, mientras los judíos contrataban a Simón Cireneo, sintiese necesidad de sentarse en una piedra (87).

No entramos en el aspecto fisiológico de todo este proceso; pero, al leer lo de la fractura de las costillas, no podemos menos de recordar aquellas palabras: "Os non comminuetis ex eo", que, según San Juan (19, 36), se cumplieron en Cristo.

Alguna vez parece afirmar que la inmensidad de la ofensa hecha a Dios exigía que los dolores del Reparador fuesen sumos (114), pero claramente afirma en otro lado (135) que "bastaba una sola gota de su Sangre para redimir a mil mundos".

J. ENCISO.

**SANTIAGO ALAMEDA: La Virgen en la Biblia y en la primitiva Iglesia.**  
Casals, Barcelona, 1939, IX-412 págs.

La obra del Padre Alameda es una flor delicada, nacida y criada a la sombra del santuario de Estivaliz. Sus páginas se leen con gusto, sin cansacio, porque en ellas se percibe algo de aquella paz y recogimiento del devoto templo románico donde tantas veces las meditó el autor antes de escribirlas.

De las tres partes que comprende el libro, dos nos interesan di-